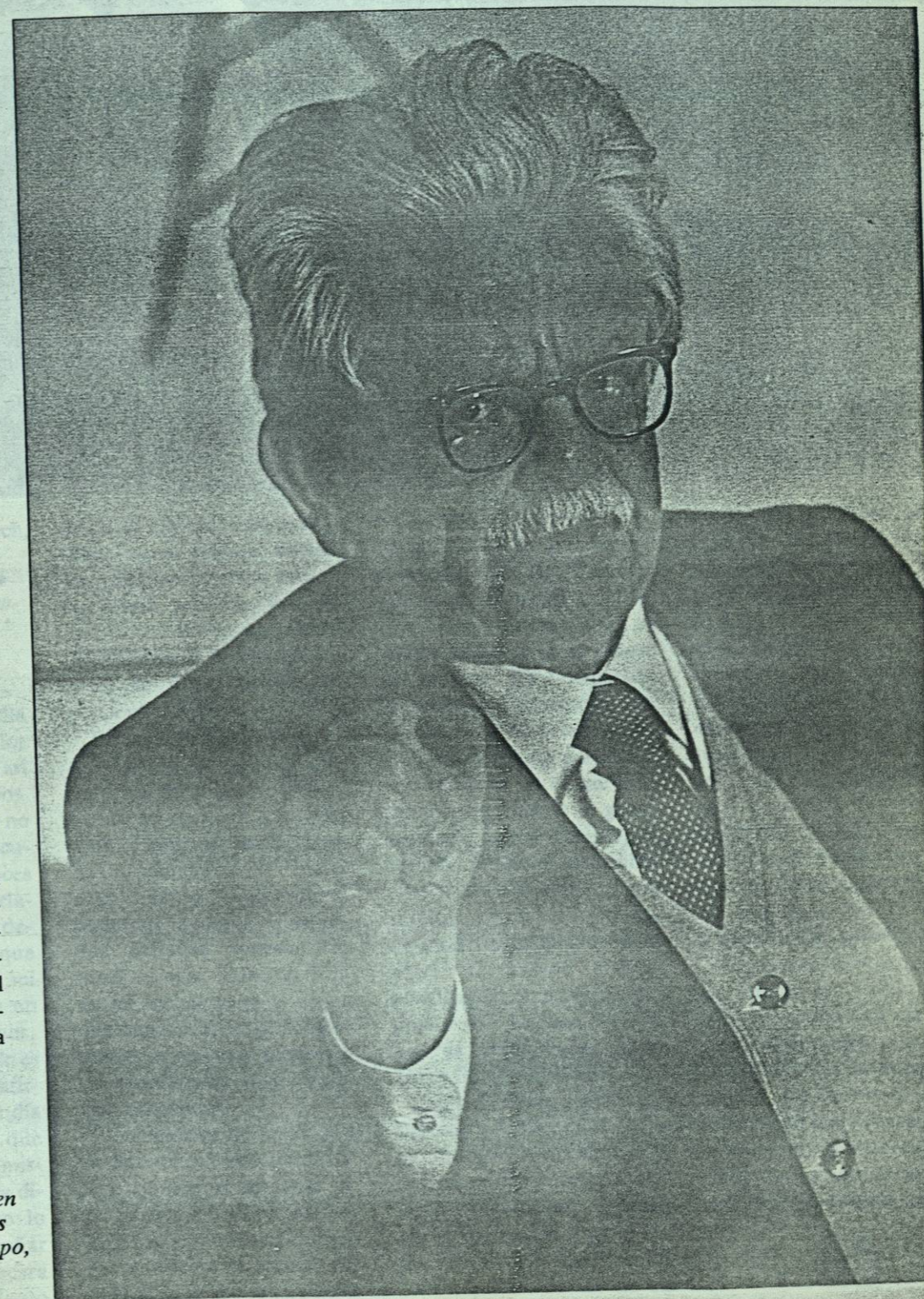


ELIAS CANETTI

Las voces de Marrakech



«Viajando lo toleramos todo, los prejuicios se quedan en casa. Se observa, se escucha, se siente uno fascinado ante lo más atroz porque es nuevo. Los buenos viajeros son despiadados.» En estos términos resume Elias Canetti su actitud de aperturismo apasionado —y de entrega casi total a ratos— durante un viaje que realizara en 1954 a Marruecos en compañía de un grupo de cineastas británicos, y cuyas impresiones visuales, sonoras y atmosféricas quedaron recogidas en esa deliciosa colección de notas de viaje, articuladas en catorce capítulos, que es *Las voces de Marrakech*.

El personalísimo sesgo humano de Canetti campea a todo lo largo del libro, que se abre sin ningún preámbulo explicativo, situando al lector *in media res* ya desde el primer párrafo: «Por tres veces entré en contacto con camellos y aquello concluyó en circunstancias trágicas.» El título mismo de la obra parece apuntar prioritariamente a la esfera de lo acústico, tan cara a su autor desde siempre. En efecto, al repasar otras obras canettianas sorprende la insistencia

Con sus diversos escritos, en los que ataca las tendencias enfermizas de nuestro tiempo, Canetti pretende servir a la causa de la humanidad.

El Comité Nobel Noruego decidió el 14 de octubre de 1981 conceder el premio Nobel de la paz al

ALTO COMISIONADO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LOS REFUGIADOS

El Premio Nobel de la Paz 1981 se concedió al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el Sr. Bernt Carlsson.

El premio Nobel de la Paz 1981 se concedió al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el Sr. Bernt Carlsson.

El premio Nobel de la Paz 1981 se concedió al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el Sr. Bernt Carlsson.

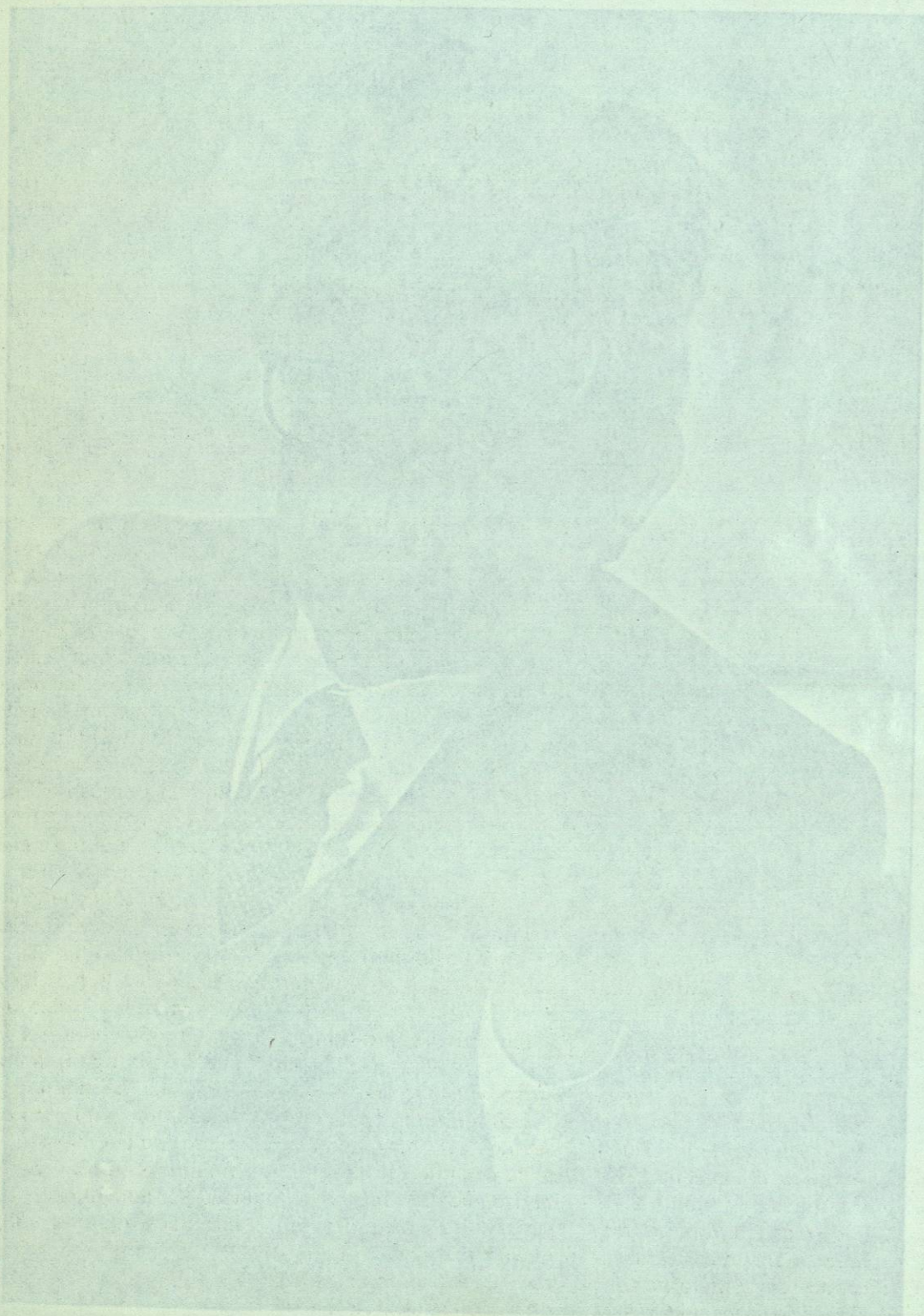


El premio Nobel de la Paz 1981 se concedió al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el Sr. Bernt Carlsson.

El premio Nobel de la Paz 1981 se concedió al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el Sr. Bernt Carlsson.

El premio Nobel de la Paz 1981 se concedió al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el Sr. Bernt Carlsson.

ELIAS CANETTI Las voces de Marrakech



«Viajando lo toleramos...
...los premios se que-
dan en casa. Se observa, se
...se siente una fasci-
...ante lo mas otro por-
que es nuevo. Los buenos
...son los que se quedan».
...en estos términos resume
Elias Canetti su actitud de
...y
...de entrega casi total a la
...durante su viaje que
...realizó en 1954 a Marrac-
...en compañía de un gru-
...de cineastas británicos
...y cuyas impresiones visu-
...y atmosféricas
...fueron recogidas en es-
...de una colección de notas
...de viaje, articuladas en ca-
...voces de Marrakech».
El personalísimo resgo
humano de Canetti capta
a todo lo largo del libro, que
se abre sin ningún preamblo
lo expresivo, sirviendo al
...de media voz desde
el primer párrafo: «Por tres
veces entre en contacto
carretero y apollo cono-
en circunstancias trágicas».
El título mismo de la obra
parece apuntar a esta
...a la esfera de lo acos-
...tan cara a su autor des-
...de siempre. En efecto, al
...de otras obras canettianas
...comprende la insistencia
...sus diversos escritos en
...los que meo las tendencias
...de nuestro tiempo
...Canetti pretende servir a
...la causa de la humanidad»



X. Mirreche/Elm Foto

En Las voces de Marrakech, el «testigo-oidor» que es Canetti transmite una viva visión del ambiente de esta población. En la foto, una calle de Marrakech.

con la que se refiere a ella desde que, en la Viena de los años veinte, su maestro Karl Kraus le abriera los oídos. «Desde que lo escuché, no me ha sido posible no escuchar. Empecé con las voces de la ciudad, con las exclamaciones, los gritos y las deformaciones verbales que captaba casualmente a mi alrededor», confiesa en un notable ensayo sobre Kraus.

En *La antorcha al oído* es aún más lapidario al afirmar: «Muerto estaré el día que ya no escuche lo que alguien me cuente de sí mismo.» Su interés por esta dimensión de lo humano lo llevaría más tarde a acuñar el concepto de «máscara acústica»: es aquel conjunto

de giros, expresiones, muletilas, aquel bagaje verbal que cada ser humano utiliza en forma repetida y cuya reiteración acaba creándole una especie de fisonomía sonora de signo definitorio e inconfundible.

En la ciudad marroquí, el «testigo oidor» que es Canetti empieza por manifestarnos su asombro e interés ante el lenguaje mismo, cuyos rudimentos se niega a aprender para no perderse nada «de la fuerza de aquellas extrañas voces». En otros pasajes —como el de la mujer de la reja— vemos que hasta se arriesga a interpretar a su aire mensajes transmitidos en una lengua que desconoce.

Las letanías de los ciegos de Marrakech que, numerosos, repiten el nombre de Dios diez mil veces al día, tejiendo auténticos «arabescos acústicos» en torno a Él; el bullicio de los suks, plazas

y callejas, o el ansiado y reparador silencio que, materializado en la figura de algún gato, lo envuelve al entrar en casa de un amigo; el tierno susurrar de la mujer de la reja; las fascinantes historias de los cuenteros de la plaza, «cuyas palabras llegan desde lejos y permanecen flotando en el aire más tiempo que las de la gente común», y, por último, el sonido único e invariable —«a-a-a-a-a-a-a»— que se eleva de un pequeño fardo marrón instalado en la plaza de Xemáa el-Fná, constituyen otras tantas epifanías con las que Canetti nos va obsequiando en el curso de su recorrido.

Ecos de *Masa y poder* resuenan, además, en la visita al cementerio del Melah, el barrio judío: la imagen del superviviente que se pasea entre las tumbas comparando las fechas inscritas en esas lápidas con las de su

cronología personal, en el capítulo *Acerca del sentimiento de cementerio*. Enemigo acérrimo e impenitente de la muerte, Canetti, ante un camello condenado al matadero, experimenta algo así como «gratitud» por los escasos y engañosos instantes en que el matarife lo deja solo, y se siente orgulloso de que el invisible personaje del fardo en Xemáa el-Fná todavía estuviera vivo, aunque su único signo exterior de vida fuera esa obstinada y monótona salmodia.

En todo el libro se respira, en suma, ese cálido amor por lo individual-concreto que Canetti tanto admira en Stendhal, su indesmayable pasión por lo que en un pasaje de su autobiografía denomina «el verdadero libro: cada ser humano individual, encuadrado en sí mismo».

